

Gonzalo Díaz-Migoyo

# LA PALARVA DE JULIÁN RÍOS

“Todo el sistema de las palabras es un sistema de larvas, de formas embrionarias que guardan yerto el conocimiento de las ideas adquiridas bajo el ritmo del Sol.”

R. del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa*

Concebir el lenguaje como ámbito delimitado, como tan frecuentemente hacemos hoy en día, es nuestra manera contemporánea de afirmar la necesidad de cierto orden y cierta jerarquía en el sistema lingüístico. En nuestra cultura este orden jerárquico se presenta con la cara hosca del carcelero. Cosa que no ocurre, sin embargo, cuando consideramos otros órdenes jerárquicos de la realidad; por ejemplo, cualquier relación biológica. Si a alguien se le ocurriera dolerse de la esclavitud química a que le somete el proceso digestivo, le tomaríamos por loco o por místico incurable. En el mundo material el hecho de que las cosas sean como son no se entiende como cortapisa personal sino más bien como garantía de conducta, de vida misma. En el terreno espiritual las cosas van de otro modo. Como ahí la mente es al mismo tiempo observadora y objeto de observación, es muy fácil tomar al uno por la otra y de engañoso hilo en ilusorio ovillo, perder pie y encontrarse en el aire, sin más apoyo que el deseo de seguir subiendo. Contrariamente al recurso de Anteo de volver a tocar tierra para recobrar fuerzas, parece animarnos el empeño de encontrar, como Arquímedes, un punto de apoyo exterior a este mundo. El pensamiento cree poder conseguirlo diariamente mediante la referencia a Dios u otra agencia trascendental. Pero hoy Dios se nos ha marchado —quizá cansado de tan engorroso trabajo, como el admirable Amadeo de Saboya el siglo pasado— y a nosotros nos han quedado las ganas de darle el papel a alguien. Uno de los involuntarios candidatos laicos es hoy el lenguaje; mas por lo dicho habrá quedado claro que ese afán de teleología trascendental más que pertenecer al sufrido lenguaje se debe al uso que de él hacemos; es decir, que es producto de nuestra actitud respecto de él.

Nuestro deseo de trascendencia se manifiesta en dos sentimientos complementarios principales respecto del lenguaje: aunque lo hace tan perentoriamente que se pudiera decir que los impone o requiere: por un lado, el sentimiento de su invencible insuficiencia, es decir, de la necesidad de ir más allá del lenguaje; por otro, el sentimiento no tanto de que el lenguaje tenga zonas prohibidas como de que haya zonas todavía vacías de lenguaje. Maneras de sentir que en tanto que tautológicas tienen consecuencias previsibles: en el primer caso, la transgresión de la ley —lo cual es sin duda la manera más insidiosa y segura de constituir la ley misma puesto que no hay transgresión más que de las barreras que ella misma se inventa; en segundo, un inacabable trabajo estilístico

sobre los elementos plenos o visibles del lenguaje con el que se intenta colonizar lo indecible— bien que con ello mismo se refuerce la artificial línea de horizonte que nosotros mismos nos hemos trazado. Ambas reacciones tienen una misma consecuencia indirecta: la de hipostasiar nuestros sentimientos convirtiéndolos en atributos concretos del lenguaje: la comunicación ideal parece ofrecerse prometedoramente en el lenguaje mismo, pero en otra zona del lenguaje; o ser posible mediante el lenguaje mismo, pero superándolo —cuando en realidad ni la imperfección ni la insuficiencia tienen más concreción que las que queramos darles.

Quizá no haya manera, al menos por ahora, de escapar a la teleología trascendental en que estamos atrapados, pero sí parece que se puedan soslayar ya estas dos de sus manifestaciones concretas; aunque no sea más que para recaer en esa misma obligación de trascendencia con otro pie y otra postura. Para ello haría falta revelar la contingencia de la ley y el horizonte discursivos contemporáneos. Una labor difícil, no tanto por la necesidad de trabajar a contracorriente de los usos lingüísticos acostumbrados, como porque para que sea entendido el trabajo ha de llevarse a cabo sin abandonarlos completamente. De lo que se trata es de hacer que el uso ordinario del lenguaje se traduzca a sí mismo, algo así como traicionarse y conducir a través de sí mismo, sorteando la doble trampa que le impone su actual gánga cultural. Lo cual significa, de entrada, dar de lado a las disyuntivas de transgresión o aceptación de límites, de plenitud o vacío del lenguaje; despreciar el problema en estos términos y enfrentarse con el lenguaje tal como si nuestros sentimientos ortodoxos respecto de él no tuvieran ya carácter privilegiado o como si estuvieran todavía por definir y fueran sólo una posibilidad más en un abanico más amplio; significa, pues, abandonar la sensación de insuficiencia o misterio de/en el lenguaje.

Esta parece ser la postura escritora de Julián Ríos. Este escritor no trata de huir a terrenos todavía no hollados por la cultura, sino de olvidar meticulosamente los terrenos privilegiados por ésta; no trata de superar los márgenes impuestos hacia una zona adánica, sino que juega al escondite con las reivindicaciones culturales reduciéndolas a la contingencia y a la arbitrariedad. Usa en todo momento, pues, los recursos acostumbrados de la escritura, pero no se dejar dictar por ellos el tenor de lo posible; y aunque trabaja exclusivamente sobre aquello que sólo puede decirse en la página escrita, lo hace para que diga lo que ella misma se negaba.

El procedimiento básico tiene muy poco que ver con la fiijeza, esplendor y limpieza que dicta la Academia. Es distinto también de la escritura pulsional y místicoide esporádicamente intentada sobre todo en los últimos cien años occidentales. Consiste en regular cuidadosa y hábilmente las cir-

cunstances textuales para permitir que las palabras manifiesten la oculta promiscuidad de su funcionamiento; que sean ellas mismas las que dicten sus propias afinidades —o que parezcan hacerlo: el simulacro equivale aquí a la realidad. En vez de castigar el lenguaje para superar su insuficiencia o su impureza, Julián Ríos entabla con él un juego de igual a igual: juego del escritor con el lenguaje tanto como del lenguaje con el escritor.

Hasta la fecha se han publicado doce pasajes de su obra en curso, *Larva*. Son ya muestra de varias extraordinarias novedades y dan pie para repensar la actividad escritora contemporánea a un nivel básico.

Desde las primeras líneas, *Larva* defrauda gran parte de las expectativas significantes comúnmente asequibles al lector. Este obligado abandono de categorías usuales de desciframiento del mensaje se traduce, naturalmente, en una imposibilidad de comprensión instantánea. Sucede quizás algo parecido a lo que pasa con quien llega a una ciudad extranjera en donde se habla un idioma mal conocido: sólo poco a poco irá dominando el entorno reconociendo palabras y frases en lo que antes era poco más que ruido. Y, sin embargo, por mucha dificultad que encuentre el lector para comprender el texto de *Larva*, nunca es capaz de olvidar que se trata de un mensaje escrito en español, porque por encima de la incompreensión se afirma el reconocimiento del idioma o, más exactamente, destaca la violencia semántica que la escritura hace a un canon lingüístico indudablemente español.

Los extranjerismos, neologismos y desvíos léxicos desusa-

dos de que está mechado el texto se afirman como derogaciones a una pauta castellana, pero, simultáneamente, se integran a los demás elementos reconocibles; dando lugar a un idioma tan indudablemente español como indudablemente heterodoxo: un lenguaje heterodoxamente español. Cabe decir, pues, que el lenguaje de *Larva* viene de o desde el español, aunque quizá sea más iluminador pensar que va hacia el español o que va viene del/al español, españolizándose poco a poco ante nuestros ojos; o, también, que es un castellano que se extranjeriza dentro del castellano, pero para seguir siendo más verdadero a su propia naturaleza. No haría falta mucho más para demostrar la promiscuidad de que es capaz el lenguaje sin perder su carácter *sui generis*, pero, además, es éste ya un primer indicio del inquietante contenido heterodoxo de lo ordenado y sistemático, de la excepción latente en la regla misma. Esta locura callada de la cordura, los monstruos subterráneos de la razón, hacen de *Larva* una especie de exploración/explotación de la teratología oculta del lenguaje ordinario, del "inconsciente" del lenguaje. Entiéndase, un inconsciente que no es exactamente el inconsciente del sujeto pues, una vez utilizado para fines comunicativos conscientes, deja de ser tal inconsciente y se añade a la lista de los demás utensilios al servicio de la conciencia escritora; sobre todo porque se trata de un inconsciente cultural colectivo, es decir, de unas ocultas reglas del juego y no del inconsciente personal e intransferible del individuo.

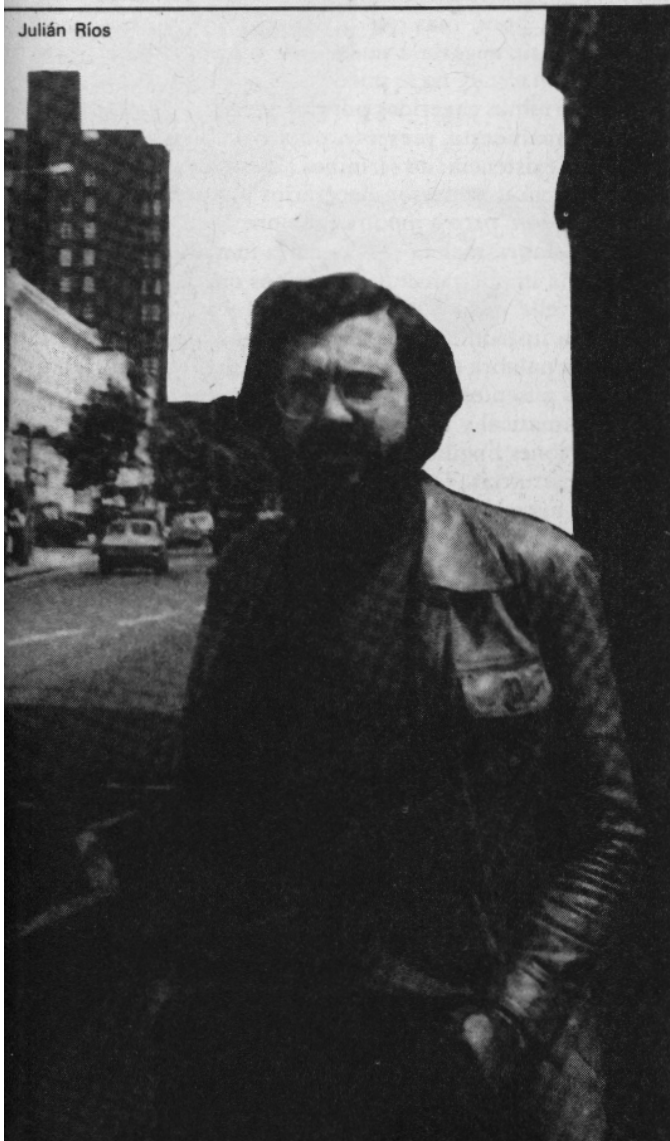
Para lograr todo esto Julián Ríos ha de mantenerse al margen milimétrico del idioma acostumbrado, al que no abandona nunca como código naturalizante, pero con propósitos insólitos: al que utiliza más bien como patrón de su propio desvío. A propósito de esta delicada heterortodoxia comenta Severo Sarduy:

...un paso más, un grado más en la destrucción sintáctica, en la superposición de la frase, en el estallido y la pulverización fonética y el sentido quedaría anulado, obliterado, olvidado en la continuidad neutra de las vocales, fragmentado por el filo de las consonantes. Un paso más, al contrario, hacia la armazón gramatical, hacia la estructura fijada y canónica, hacia el lenguaje en actitud de icono, y el sentido bascularía hacia su cerrazón, hacia su límite lógico.

Sarduy define esta postura de la escritura de Julián Ríos, breve, pero muy sugerentemente, como anamórfica: aquella que se desdibuja oblicuamente ante la mirada frontal del lector.

La tangencialidad textual, el sesgo de la perspectiva, son modos figurados de espacializar un fenómeno esencialmente mental. Otra ilustración igualmente analógica y aproximada consistirá en equiparar el texto, por el conducto de su sinónimo etimológico de tejido, con un tapiz cuyas dos caras se ofrecieran a la vista. Anverso y reverso serían los dos polos de cuya tensión resulta esa "oblicuidad" de la figura escrita. Esta rivalidad textual obliga, en efecto, a una mirada siempre insuficiente: al mismo tiempo frontal respecto de una cara y retrospectiva o anticipatoria respecto de la otra, intercambiablemente; con lo que el enfoque parece estar siempre disolviéndose atraído por la fuerza de otro texto distinto del enfocado. La doble presencia alternante y simultánea impediría lo que Sarduy señala como doble peligro, en este caso hábilmente sorteado, de la escritura: hieratismo del sentido canónico, por un lado, y fluidez informe del sinsentido, por otro.

Julián Ríos



Anverso y reverso, sentido y sinsentido: el punto de articulación de estos dos términos no parece ofrecerlo adecuadamente la analogía espacial, según la cual la existencia del uno acarrearía automáticamente la ausencia del otro. Mas, en vez de considerar estas parejas topológicamente, hagámoslo con arreglo a su función. Se advierte entonces que ambos elementos más que excluirse se posibilitan mutuamente; que es el trabajo oculto del reverso/sinsentido el que hace posible la viabilidad del anverso/sentido; que están, pues, unidos por una necesaria implicación recíproca y que, en realidad, no se excluyen más que desde un punto de vista espacial artificialmente simple. Aunque la relación funcional no deje de ser dialéctica —expresar es impedir otra expresión, es una forma de victoria tras una lucha por la dominación en la que el vencedor se expresa y el vencido calla— o quizá por eso mismo, lo importante es advertir que la naturaleza de la expresión vencedora está determinada por la de su vencido, lo implícito u oculto.

Así entendida, esta reciprocidad funcional corresponde también a la relación lingüística existente entre la expresión y sus supuestos implícitos; es decir, aquellos conocimientos necesarios para la inteligencia de un enunciado que están textualmente ausentes de él. La comprobación en el plano léxico es muy simple: basta con abrir un diccionario, buscar en él la definición de una palabra, de las palabras de la definición, así indefinidamente, para intuir la presencia de todas las palabras ausentes en cualquier palabra presente.

Este tipo de cooperación implicatoria eficiente entre lo presente y lo ausente, lo visible y lo invisible, lo razonable y lo irrazonable, la regla y su excepción, no se estructura según una precedencia temporal entre uno y otro término, sino más bien como coparticipación sincrónica en un mismo sistema. No se estructura tampoco según una topología bidimensional que podríamos llamar crucigramática, sino en un espacio de, por lo menos, tres dimensiones; más bien a modo de volumigrama. Y también, esta estructura, porque excede la capacidad de retención de cualquier momento único de atención, parece estar en continua mudanza.

*Larva* presenta un universo de simultáneas dispersiones pluridimensionales de este tipo. Lo mismo que con el diccionario no hace falta explorar todas sus ramificaciones para intuir la vasta interrelación que las organiza. Unos pocos pasos, en cualquier dirección y con cualquier origen, bastan para desencadenar la proliferación implicatoria.

Creo que esta escritura obedece a un mecanismo básico cuyo emblema pudiera ser ese “lapsus consciente” llamado por Lewis Carroll “word-portmanteau” o palabra-maleta. Esta es emblemática no tanto por su abundancia, aunque ello pudiera ser ya un razonable índice cuantitativo de su importancia; como por su naturaleza y sus consecuencias.

Sin duda una de las originalidades más llamativas de *Larva* es la de su léxico: palabras desfiguradas: amputadas, estiradas, encabalgadas, injertadas: extranjerismos, barbarismos, arcaísmos, neologismos: términos familiares, altisonantes, dialectales, jergales o, pura y simplemente, extranjeros. De todo parece haber en este baile de máscaras y con tanta variedad que parece imposible reducir las a un denominador común. Sin embargo, hay varios. El más obvio es sin duda ese mismo ya mencionado de la heterodoxia latente en la expresión canónica. Característica que no por obvia es menos importante, porque si las palabras-maleta desvirtúan gran parte del acompañamiento usual de hábitos y expectativas de recepción del lenguaje, si contrarían la ortodoxia, lo hacen sin abandonarla, apoyándose en ella más bien, ponién-

dola cabeza abajo. El acompañamiento usual de la expresión no deja de mantenerse activo en la palabra-maleta, pero no lo hace como automatismo inconsciente sino como recuerdo consciente causado por la conspicuidad de la ausencia. (Lo cual es ya una forma atenuada de presencia a la conciencia puesto que, tratándose de operaciones mentales, la conciencia de la ausencia equivale casi a la presencia misma.) La impertinencia de las muletas semánticas acostumbradas no da, pues, lugar a un olvido de las mismas, sino al efecto contrario de hacer pertinente su impertinencia. Y es que la palabra-maleta no puede afirmarse más que manteniéndose en el privilegio constante de la excepción a la regla o la costumbre conocida. La palabra-maleta no disimula su artificio: simula, sí, el lapsus, pero sólo para mejor negarlo inmediatamente sacándole provecho.

Pero observemos más atentamente el funcionamiento de estos pequeños monstruos verbales. Cuando el lector se dispone a dar el salto inevitable del significante de la palabra-maleta a su significado, se encuentra del otro lado con un significado que, al negarse a cuajar en un sentido único, le devuelve con una precisión mecánica al significante. Parece ser que la palabra-maleta emborriona o, mejor dicho, convierte en meros reflejos especulares, las nítidas fronteras acostumbradas que separan un vocablo de otro y resalta así, en filigrana, la importancia cotidiana de estas canónicas diferencias. En la discrepancia entre la discreta e ilusoriamente firme diferencia que estábamos dispuestos a aceptar y la irreductible proliferación de espejismos diferenciales que nos encara, se encuentra la adicional significancia de la palabra-maleta. Dice, pues, más que la expresión tradicional, a la que sustituye sin negarla, haciéndonos inmediatamente pensar en ella. En efecto, no se puede ni afirmar que ninguno de los varios términos sugeridos por una palabra-maleta esté literalmente manifiesto, presente, ni que su ausencia equivalga a una no-existencia: los términos ausentes están presentes a la conciencia y hasta son necesarios para comprender la nueva expresión, pero a modo de mojonos desvaídos. El sentido de la palabra-maleta se encuentra fuera de sí, en lo que la acompaña implícitamente: los signos ordinariamente expresos que ella misma violenta, señala y oculta. Se trata, pues, de un instrumento intertextual más que de uno textual, de una palabra o silencio escrito, de un índice expresivo de palabras ausentes. Ello las sitúa en una zona crepuscular entre lo gramatical y lo agramatical en la que escapan a las categorizaciones lingüísticas, pero sólo en la medida en que intentan destruirlas. Dan lugar a una nueva definición del texto como lugar donde se manifiesta la ausencia del lenguaje mediante la presencia de sus propios índices; o, al revés, lugar donde se ausenta la presencia canónica del sentido para manifestar la proliferación de su oculta heterodoxia generativa.

El funcionamiento general de las palabras-maleta consiste, como se ve, en una implicación expresiva de lo usualmente explícito o, para acuñar un nuevo término, una intraducción del lenguaje. Su consecuencia más evidente es el abandono parcial del orden rectilíneo de lectura. El texto obliga a prestar atención a varias cosas a la vez en un mismo acto de pensamiento, sin posible decisión unívoca: el escamoteo de ésta nos sitúa en un momento lingüístico anterior al de la decisión significativa. La coherencia de los enunciados de la palabra-maleta —si de coherencia cabe hablar— no sería, pues, estrictamente, la horizontal y visible del sentido único de sus elementos presentes, sino la tridimensional del

---

sistema previo que hace posible y regula la formación del (aquí ausente) sentido unívoco: un sistema invisible que, aun cuando fuera de ellas, se manifiesta en y por ellas mismas.

Si las palabras-maleta son monstruos, son los monstruos del orden, pues la organización volumétrica que insinúan no es en realidad privativa suya, sino, como ya se ha apuntado, la organización misma del lenguaje ordinario; por más que no se advierta en la práctica corriente del mismo. Y es que generalmente este sistema multidimensional (previo o subterráneo) del lenguaje queda reducido a una organización lineal en el momento en que el texto desemboca en una información privilegiada: el volumograma matricial del lenguaje queda borrado retroactivamente por los resultados a que da lugar: eliminación de todas las posibles conexiones de sentido menos una. En *Larva*, al contrario, todas las conexiones posibles exigen ese estatuto privilegiado del sentido; con el resultado de que ninguna de ellas lo alcanza definitivamente. A modo de sistema de mutaciones proliferantes, *Larva* impide que el lector supere e inmovilice las disyuntivas léxicas. No permite que la lectura determine las consecuencias significantes que crean la ilusión de una estructura, sino que, a partir de sus puntos de difracción y de incompatibilidad, obliga a trazar de nuevo las transformaciones que producen esa superficie en dispersión. ¿Empobrecimiento de la expresión? No, riqueza adicional de lo potencial. La imposibilidad de comprensión ortodoxa no equivale a una falta de comprensión a secas: da lugar a múltiples comprensiones

tan pronto conseguidas como necesariamente abandonadas, pero no totalmente perdidas. Al faltar un criterio fijo, cualquier sentido se escapa anamórficamente hacia otro, en continua sucesión de guiños cómplices. La lectura se desacomodiona, pues, al abandonar la regla principal de la inteligibilidad —la que obliga a encontrar *un* sentido— y fuerza al rechazo de la lógica de la representación, de la constitución del signo que la expresa y del modelo lineal de pensamiento que le corresponde. Los sustituye por una problemática insoluble que se mueve sin reposo: la problemática del pensamiento mismo cuya operación fundamental es esa misma síntesis disyuntiva de la palabra-maleta, la palabra-malettería o palarvería.

Las palabras-maleta de *Larva* tienen valor emblemático en otro sentido aun más amplio: insinúan que las palabras normales disimulan el mismo mestizaje que ellas exhiben abiertamente, que son palabras-maleta de incógnito. Todas las palabras son multifacéticas. Así lo demuestra el hecho de que, rota la máscara (o cáscara) habitual, las palabras normales se abran como maletas de las que surgen otras palabras. De ello dan buen ejemplo los encabalgamientos del pasaje publicado en la revista *El Viejo Topo*:

Haz memoria ¡Remembra! Ah, sí pausapasando sí de paso a passio nuestros amormorios de cuerpo en cuerpos partiendo, de parte a parte, por la nochinoche del sueño del amor—

—tajador de los recuerdos ¡Liebestraumaturgongoreador!  
Liszt widder ¡Amorottomano Mormonsergador!



Ah more more mon mauré celé...! Más y más y más—  
—cara a máscara hasta alcanzar el clímax por la secreta  
escala disfrazada solapadamente en sol—  
—fa lo steso, Fra Diáboló ¡Así y asaz! Ay nonoh, tu veux  
soldomiser encore?!... Ah no sadomimitador! Ahi no! Ah  
non, à cri et àcor—  
—cova doble, ya sabes cuál!, anda vuélvete y escuchacha-  
rea sin parar ah! ahora a repaso doble o diabo a quatro  
dos tres variados!

Aquí las palabras-maleta en cuestión son las que actúan de contacto y transición entre uno y otro párrafo. No son sino palabras normales desdobladas como maletas. La novedad adicional consiste en que por ese conducto bisagra cada uno de los pasajes articulados entra a formar parte, se transforma, en los adyacentes, en los que queda así implicado; porque en cierto modo estas palabras-maleta no están formadas con sílabas sino con párrafos enteros. La proliferación implicatoria ha abandonado, pues, los límites léxicos y apunta a espacios más amplios, pero el trabajo de Julián Ríos sigue siendo del mismo tipo antedicho: una revelación de la contingencia de la diferencia discreta (entre unidades superiores a la palabra, en este caso), que sin embargo no le niega fuerza reguladora: la mantiene operante de manera "implícitamente manifiesta".

A propósito de niveles textuales, otro llamativo ejemplo de reproducción del sistema de palabras-maleta, de palarvería o dispersión significativa mediante la inversión del estatuto de normalidad, se encuentra en el dispositivo de texto y notas de *Larva*. Se advierten en él varios aspectos extraordinarios inmediatamente evidentes, en especial los relativos a la abundancia, la extensión y la colocación de las notas —cuyos efectos repiten los conseguidos por las palabras-maleta. Por un lado, su abundancia obliga a una frecuente interrupción de la lectura, que avanza mediante un vaivén entre una y otra cara del texto. Por otro, su longitud les quita carácter de simple aclaración parentética, obligando a interinizar el interés del texto para dejarse llevar del argumento desarrollado en la nota misma, y su emplazamiento refuerza la impresión de equivalencia entre notas y texto anotado haciendo intercambiables sus naturalezas: ¿qué es la nota a qué? Como toda nota —expresión de lo implícito en lo anotado— las de *Larva* no son comprensibles más que en función del texto que glosan, sin el cual dejarían de tener sentido. Pero otro tanto se puede decir del texto anotado porque, a diferencia del enfrentamiento de una pareja de textos paralelos que mantuvieran una autonomía recíproca, ambas caras del texto tienen su razón de ser y su complementaria inteligibilidad fuera de sí, en la otra. Estas notas no son, pues, meros adjuntos subordinados al texto sino que están en un pie de igualdad con él, rivalizan con él. Lo mismo que con las palabras-maleta, la ilación discursiva no se produce ni en línea recta ni por adición de significados unívocos. La lectura, sincopada e incompleta en cada instante de atención, reproduce la mecánica sintético-disyuntiva de la escritura en su momento creativo, incluso el despliegue del pensamiento mismo: palarva discursiva.

Los dos aspectos mencionados, palabras-maleta y notas, son muestras de lo que me parece ser el trabajo característico de la escritura de Julián Ríos. Muestras sólo porque este mismo trabajo se manifiesta también en otros niveles del texto, aunque lo publicado no permita observarlo tan claramente como en estos casos. Por ejemplo, en el nivel narrati-

vo, especialmente en pasajes como el de *Avances*, parece funcionar este mismo mecanismo de intraducción de niveles naturalizantes: se exhibe lo anormal, la dispersión narrativa sterniana, como punto de anclaje de la atención lectora y se convierte así lo normal en excepcional. La anécdota se encuentra en una posición invertida a la normal, a modo de elemento pre-existente o preparatorio en vez de resultante y conclusivo: como si se tratara de un borgiano jardín-de-senderos-que-se-bifurcan, la acción prolifera disyuntivamente a partir de una dispersión original manifiestamente implícita: resulta que la anécdota misma de *Larva* no es otra cosa que una anécdota-maleta, una manifestación huidiza e incompleta de presupuestos anecdóticos que refieren intermitentemente a anécdotas tradicionales, tan pronto insinuadas como escamoteadas, vueltas a implicar: una palarva narrativa, pues.

En todos estos casos se trata de una implicación de la expresión canónica a distintos niveles de la escritura: léxico, discursivo, narrativo. La expresión textual, sea de la magnitud que sea, adquiere un carácter más virtual que actual, resulta inapresable e insuficiente en sí misma. En cualquier momento y a cualquier nivel, se resiste al sentido único remitiendo siempre a otros sentidos implícitos, presupuestos o presuponibles. No se trata, pues, de explicitar lo implícito, sino de lo contrario, de implicar lo explícito; operación que no es un reflejo especular de la anterior: la primera sería la limitación de lo infinito; la segunda equivale a la ilimitación de lo finito. En un caso lo implícito, al expresarse, pierde su carácter potencial, convirtiéndose en presencia no por nueva y desusada menos limitada, siempre insatisfactoria e insatisfecha. En el otro, contrario, la operación revitaliza la expresión al devolverle su posibilidad, su contingencia, su naturaleza de máquina en perpetua gestación —sin perder por ello completamente el mínimo de inmovilidad necesaria para permitir la lectura.

Esta palabra devuelta a su fase de prometidora crisálida o larva lingüística, esta palarva, es un nuevo instrumento de escritura —nuevo, pero desde siempre existente en el lenguaje— que quizá nos permita a todos una nueva postura ante él: la de abandono del sentimiento de estar aprisionados por/en el lenguaje, en la medida en que el sentimiento dependiera de una univocidad impuesta mediante límites y zonas ocultas —aquí borradas y descubiertas, respectivamente. Y aunque no consiga esto más que para caer en nuevas trampas trascendentales, haber desmontado las actuales no es poco mérito. A partir de ahora, no tener en cuenta este nuevo instrumento será como pintar sin querer saber, por ejemplo, que ya ha ocurrido el cubismo. Pero es que además y en cualquier caso, permite ya, en estos pasajes de *Larva*, una placentera sensación de descondicionamiento lector que sin excluir las exigencias del orden tampoco queda recortado por ellas; de satisfactorio aprovechamiento de posibilidades insospechadas de la palabra: desde la transmisión de anécdotas hasta la gestación creativa de las mismas; desde la expresión de los más recónditos y fugaces sentimientos hasta el más sencillo de los placeres, el de la risa que puede causar el lenguaje mismo; desde bucear profundamente en el desorden del discurso hasta nadar cómodamente en su superficie— todo ello en una atmósfera de desinhibición sólo posible porque Julián Ríos se ha atrevido a alterar la prosa castellana desde dentro, a desatarle nudos centenarios, a desfruncirle el ceño. Epimeteo de la lengua española, ha osado abrir la caja de Pandora del lenguaje: resulta que, más que desconocidos males, se escondían en ella placeres secretos.